

La Historia como Ciencia Aséptica y Exacta es una Falacia Positivista

Victoria AZURDUY

Una pareja de historiadores argentinos deben resistir en México debido a las circunstancias políticas de su país. Ello comprueba que el compromiso del intelectual revolucionario, una vez asumido real y plenamente, es el mismo que el de otro militante del campo popular. Y que la historia ha sido y sigue siendo un arma política, ligada desde esta perspectiva que Ana Lía Payró y Carlos Suárez proponen, a los reales movimientos de masas, auténticos protagonistas del proceso de cambio y transformación social. En breve, la editorial del Fondo de Cultura Económica, presentará dos trabajos complementarios de estos investigadores; Cronología política argentina e Historia Política argentina (1930-1975). Esta tarea no ha sido fácil; son muchos los problemas que deben franquear y que de continuo se interponen entre los que se han propuesto descolonizar a la ciencia y la cultura, rescatándolas para el pueblo.

La pretensión de esta nota es simple y elemental: acercarse a los investigadores de la Historia para que nos indiquen cuáles son los caminos que siguen en la búsqueda de una verdad perdida en los laberintos de grandes intereses que tratan de cubrir nuestro pasado distorsionando así, cualquier interpretación de lo inmediato.

Ana Lía y Carlos responden sobre cuál es el objetivo de un investigador de la historia:

EL objetivo de un investigador histórico, tal como lo concebimos nosotros —y diríamos también el único posible— es totalmente distinto al tradicional. Al historiador se le consideró como a un privilegiado. Y lo es en la medida en que ha accedido a los estudios universitarios. Pero también se lo consideró como un amanuense del pensamiento oficial, un traductor de la cultura oficial que en nuestros países es la del imperialismo. Es en este sentido que consideramos la tarea del investigador como la de un conjunto de individuos que están indisolublemente ligados a la lucha popular, en la medida en que la expresión académica es un intento de interpretación de esa lucha.

Sólo existe una objetividad —desde nuestro punto de vista— y es aquella que expresa, responde e interpreta el pasado histórico en función de los intereses históricos de las clases populares, y dentro de ellas de las fuerzas obreras.

¿En qué forma puede recrearse entonces el fenómeno histórico?

—Bueno, la historia —y siguiendo su desarrollo— es concebible si se la considera como un arma política. Es decir, no existe un ámbito intocado, acabado, donde el investigador va a encontrar los hechos del pasado. Ya lo han demostrado los constructores de la historia oligárquica de nuestros países que

estos hechos están en función de un objetivo histórico-político. En el caso argentino, Bartolomé Mitre escribió la historia del país en función de los intereses oligárquicos. Eso hizo que por largos, larguísimo años, el pensamiento predominante cuestionara a los caudillos federales— los jefes de las montoneras— como caudillos feudales, en vez de analizarlos en función de la etapa histórica que pretendía convertir a la Argentina —luego de su independencia política del gobierno español— en una nación definitivamente soberana. Y este caso argentino es el mismo de toda Latinoamérica; donde la independencia política se vio frustrada, transformada por mecanismos que las burguesías comerciales, ligadas a la expansión oligárquica e imperial, convirtieron a nuestros países en satélites del imperialismo en turno: inglés en el sur o norteamericano en el centro y norte.

¿Dónde quedaría la llamada objetividad de la historia?

Es una falacia inventada por la cultura dominante el concebir a la historia como una ciencia aséptica, exacta. Incluso en el positivismo hubo toda una concepción a partir de la cual se trataba de incorporar la metodología de las ciencias llamadas exactas en el campo de las ciencias sociales. Pero eso no era ya un problema de ignorancia, sino de intención. Se buscaba quitar del campo de las ciencias sociales —en el que está la historia— su misión fun-

fundamental de ser un arma de interpretación que demostrara la consecuencia, la coherencia de las luchas sociales —para esta ocasión las latinoamericanas

¿Cómo se orienta un investigador latinoamericano? ¿En qué medida se diferencia de uno europeo?

—Esto no es una receta, pero sí una práctica. La única forma de descolonizarse es concibiendo al mundo y los grandes movimientos de este siglo XX crítico y transformador —maravillosamente creativo y que concluirá con el triunfo del socialismo— a través de la ligazón con una práctica revolucionaria; práctica entendida no como una decisión voluntaria de afirmar "soy un revolucionario", sino ligada a los reales movimientos de masa que son aquellos que realizarán el proceso de cambio, liquidación y transformación social.

Toda la enseñanza que la Universidad nos ha dado con relación a la metodología y a los campos de la investigación histórica son formas dependientes y colonizadas.

¿Esa posición de algunos historiadores de callar sobre el pasado inmediato sería entonces una falsedad?

—En efecto. No pueden hablar del pasado inmediato en cuanto que pretenden mantener esa posición acéptica y dejar a las ciencias sociales —la historia en este caso— alejados de la realidad concreta. Ellos intentan considerar, o consideran, que solamente se pueden analizar aquellos hechos históricos que estén alejados. Y sucede que uno tiene "objetividad" desde la perspectiva en que se carece de los hechos que se están desarrollando en la actualidad. Y eso es una de las grandes —entre las muchas— falacias. Se ha dicho muchas veces que así como la política es la historia del presente y del pasado, nos parecería un ingenioso juego de palabras que aquel que en estos momentos —en la Argentina para concretar —sigue sosteniendo que "el movimiento federal del XIX era un movimiento bárbaro, profeudal", etc., etc., no es revolucionario, ni marxista ni leninista ni nada de lo que se autoadjudique, en la medida que analiza, desde la perspectiva oligárquico —imperial, a un movimiento popular de ese siglo.

ESO también es válido trasladándolo a nuestros días. Aquel que se cuelgue todas las etiquetas de la superrevolución y se considere revolucionario por haber leído las obras completas de Marx, Engels, Trosky, Lenin, pero al mismo tiempo continúa caracterizando al movimiento peronista como profascista, populista, etcétera, deja de serlo. No por opinión personal o intención voluntarista, sino porque la realidad política de las grandes masas populares así lo demuestra.

Por lo tanto, no hay imposibilidad para un historiador en analizar los hechos más o menos inmediatos. Lo único que existe es una intensión que tiende a oscurecer el proceso histórico-político detrás de esa pretendida objetividad. Quien tiene una interpretación del proceso y analiza una determinada realidad —así sea de cien años atrás— y de una determinada manera —coherente, respondiendo a esa línea— tiene que conceptualizar la realidad de la misma forma que los hechos del presente.

Y entonces, ¿cuál es la diferencia entre el trabajo de un periodista y el de un investigador de la Historia?

Comencemos porque el periodista, desde luego, tiene que hacer en términos generales, la crónica de hechos coyunturales. No puede analizar globalmente los problemas, sino referirse a la coyuntura, a los hechos que se producen dentro de ella, y si bien realiza un determinado tipo de análisis no puede profundizarlo ni desarrollarlo. Pero el periodista es de alguna forma un historiador. Lo que sucede es que en esta división internacional del trabajo le corresponde hacer la crónica histórica diaria, más o menos profunda en el caso del columnista y el analista. El es un cronista de lo diario. En cambio el historiador analiza los aspectos globales de un proceso y trata de totalizarlo.

¿Cuáles son los límites en este trabajo?:

—Son bien concretos. En el caso de los países latinoamericanos, —dependientes, semicolonizados, la mayor parte de ellos dominados por la cultura

imperialista— no existen los ámbitos propicios para la investigación, ni los medios para desarrollarla en la extensión y profundidad necesarias

Y sin embargo, hay que tratar de ser totalizadores y lo más amplios posibles aún dentro de las condiciones señaladas. Sin el ánimo de ejemplificar, de no haber tenido que permanecer en México debido a nuestra posición política, de ninguna forma hubiéramos podido llevar adelante esta tarea. Lo ideal sería que este tipo de investigaciones fueran apoyadas por Estados y universidades y contarán con equipos multidisciplinarios en Ciencias Sociales. Entonces sí podría realizarse el intento de escribir la Historia, esa tan necesaria para AL. Pero mientras en nuestros países no se modifiquen políticamente en beneficio y en favor del campo popular, esto continuará siendo el producto de los esfuerzos aislados, aunque no por ello, menos importantes.

¿Qué lugar ocupan los mitos en nuestra historia latinoamericana? O mejor, ¿permanecerán ellos en esta nueva visión?

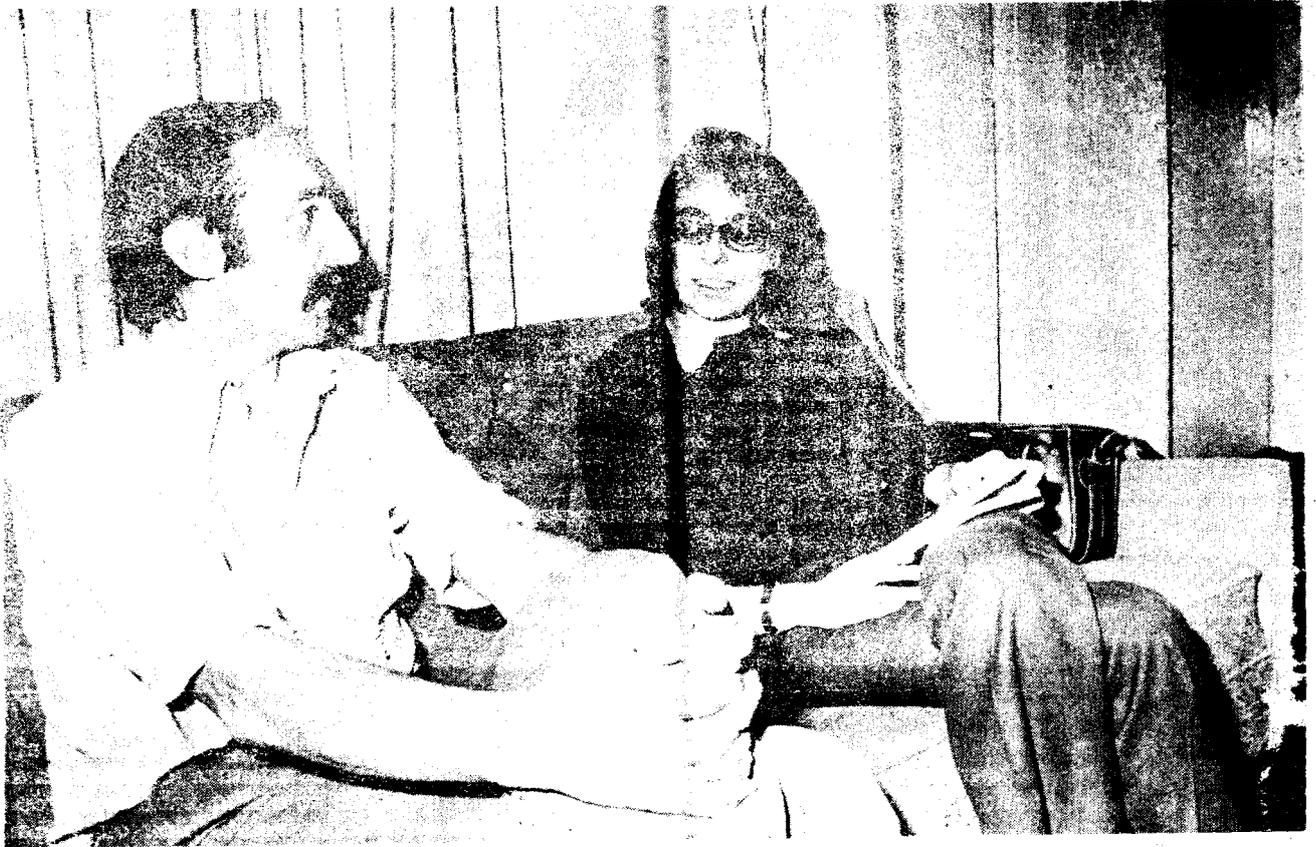
Los mitos responden a la visión tradicional de la historia construida precisamente sobre esa base. Así como dijimos antes que no existe la objetividad en la historia, sin embargo en nuestra pretensión está el hacerla científica. La tradicional se construyó sobre el mito, y en el enfrentamiento de la barbarie (América) o civilización (lo que viene por gracia de los imperios centrales). Por primera vez existe la posibilidad de construir una historia científica asumiéndola, entendiéndola como la historia de la lucha social de nuestros pueblos.

Pero, figuras como Cárdenas, Fidel Castro y Perón ¿a qué visión responden?

En la historia a construir, la presencia de los líderes de masas no es una presencia mítica, sino una descripción real de individuos que fueron capaces de sentir e interpretar la necesidad de lucha de los pueblos.

¿Esa necesidad de los mitos en nuestra vieja historia, sería también otro mito?:

Sí. Vamos a construir una historia despersonalizada donde el factor individual desaparece. Entendemos que ellos no fueron "seres providenciales", míticos ni reveladores, sino intérpretes, en tanto y en cuanto expresen al pueblo. En este senti-



do la revalorización de la historia indoamericana marca el rumbo definitivo del pueblo, dando a los jefes de sus grandes movimientos de masas el lugar que les corresponde.

Los mitos no sólo se han referido a personas, sino a situaciones y caracterizaciones de las mismas. Por ejemplo, vimos con horror que por ese desconocimiento y prejuicios aludidos, la figura de Domingo Faustino Sarmiento —escritor y político del XIX— fue incorrectamente visualizada, y sirvió como imagen para las estampillas del Congreso de Educadores tercermundistas. Y fue precisamente Sarmiento uno de los grandes constructores de mitos de la Argentina, y un personaje político oligárquico, respondiendo a los "civilizados" en ese esquema "civilización o barbarie". El pertenecía al cónclave de los "grandes civilizadores" que en Argentina exterminaron físicamente al indio.

Muchas veces se habla de paralelos o coincidencias históricas. ¿Cómo responder a ese pensamiento retrógrado?

Es la concepción del historiador del estancamiento, del dependiente, del que cree que con el triunfo de su clase se ha terminado la historia. Desde esta perspectiva ellos expresan una mera repetición o reiteración. Carecen, por razones obvias, de todo pensamiento dialéctico.

Ningún momento de la historia es igual a otro. Los momentos son superaciones cualitativas en la medida en que interpretan a las clases populares en lucha por su liberación definitiva. Aún en las condiciones más similares existen diferencias cualitativas y expresan condiciones muy diferentes. Un caso reciente fue el traslado por estas izquierdas mecanicistas de lo sucedido con la UP chilena a la situación uruguaya con el Frente Amplio. Pretendían que con la unión de las izquierdas sucedería el triunfo de Liber Segni como aconteció con Salvador Allende. La realidad fue brutalmente distinta. Los hechos señalan que esa transferencia mecánica es incorrecta. La situación uruguaya era bien diferente a la chilena. El desarrollo político había conducido a las clases ascendentes de Uruguay a la oligarquía y burguesía dependientes. Terminaron por arrojar por la borda cualquier manifestación de cultura política en esa que los colonizados latinoamericanos denominaban como "la Suiza del Plata". Después de diez años de vigencia de las instituciones burguesas se pasó brutalmente a una dictadura imperialista que arrasa con la institución tradicional. Ese es el error en las analogías.

¿Cuál, es, sintentizando, el papel de un intelectual, en este caso del historiador, en estos momentos?

Su papel es secundario, provisorio. El se limita a interpretar, dar forma a la obra de esa lucha de las masas, que escriben la historia. Tratamos que ellas sean interpretadas correctamente en lo que tienen de progresivo y revolucionario. Es por esto que los historiadores a los que pretendemos insertarnos no sean los clásicos de gabinete con una formación erudita y teórica formidable sino lograr esa difícil síntesis entre militante revolucionario e intelectual, que posee instrumentos de análisis y maneja ciertas categorías científicas. Síntesis que lograron en sus más altas expresiones Marx, Lenin, Fannon, y en la Argentina Cooke, Hernández Arregui, Jauretche, Scalabrini, Ortiz, Puiggrós y que es la única valedera para recrear el pasado e interceptar el presente. En definitiva, esperamos que aquellos a quienes llegan hagan de esta interpretación un movimiento político revolucionario, actuante, para que, partiendo de la comprensión del proceso político, se avance en la elección revolucionaria.